
historia de la educación

La prensa infantil mexicana durante el siglo XIX

Ma. Esther Aguirre
Ma. Teresa Camarillo

Los largos años de lucha interna que siguieron a nuestra emancipación de la corona española, mantuvieron a la educación en una prolongada crisis. Al restaurarse la República, los liberales estaban dispuestos a “seguir el viejo consejo del Dr. Mora de aprovechar a la niñez para formar nuevos hombres. Había que arrancar la educación de las garras del clero y difundir ampliamente la enseñanza”, señala la historiadora Josefina Vázquez¹. La pugna entre liberales y conservadores, siempre vigente desde el Siglo XIX, matiza los diferentes espacios, ámbitos y niveles a través de los que se va conformando la nueva nación mexicana. Incluso al interior de los mismos liberales existe una fuerte polémica, que se expresa en dos tendencias: la purista —“a la europea”—, que deposita su confianza en el orden de las ideas, como posibilidad de transformación de la sociedad y que, en ese sentido, opta por la no intervención estatal en los diferentes asuntos propios de la sociedad civil; la otra tenden-

cia, más cercana a las condiciones reales de la sociedad mexicana de ese entonces, considera que no es pertinente dejar cabos sueltos y opta por la intervención estatal en todos los aspectos. En este clima, tienen su origen los discursos, las prácticas y las instituciones que conforman lo que conocemos como ‘Estado Educador Mexicano’. Es decir, aquí nace la peculiar relación que el Estado Mexicano establece con la sociedad, y la cualidad de la función educadora que desde entonces asume para con ella. A la luz de esta génesis, podemos entender muchos de los conflictos y contradicciones que actualmente percibimos en materia educativa.

El moderno Estado Mexicano, con los liberales en el poder, se irá institucionalizando bajo la ideología del positivismo, y en su largo proceso por ir desarrollando las condiciones internas que le permitan insertarse en el capitalismo internacional, asumirá como meta el ‘progreso’, paradigma de la nación moderna. Paralelamente a esta génesis, se instituye la Escuela Moderna, que contribuirá a los fines propuestos, mediante la ‘formación del ciudadano’.

¹ Vázquez, Josefina. *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México, 1970, 291 p. (p. 47)

Así pues, en el último tercio decimonónico, la reorientación educativa avanza hacia la institucionalización de la Escuela Moderna, situación que se expresa en varios sentidos: de organización, de legislación, de transformación en el orden de los discursos y de las prácticas, de difusión del nuevo campo de la pedagogía. Hacia 1870, se evidencia el desarrollo de la Pedagogía como campo disciplinario: aparecen los primeros teóricos y se inicia un largo proceso de profesionalización del 'oficio de maestro', que culminará con la creación de las escuelas normales (1886); los primeros teóricos recurrirán a los medios a su alcance para difundir sus ideas. En este contexto, cobra significado el surgimiento de la prensa dedicada a los niños y a los maestros, escrita en gran parte por educadores que intentaban formar el alma nacional.

Desde el nacimiento del Estado Mexicano, se visualizan las políticas educativas que serán características de nuestro país: racionalización de fines, medios y tiempos; uniformación u homogeneización de la población destinataria, a través de instituciones, contenidos escolares y formas de transmisión unificadas; ampliación de la cobertura de los servicios educativos. A pesar del carácter clasista que la educación tuvo durante este período, la escuela pública mexicana surge con la intención de atender a los sectores más desposeídos, ya que los grupos privilegiados, además de poseer otro capital cultural de entrada, tenían acceso a la educación por medio de preceptores, o bien a las escuelas privadas de la capital. Situación que se refleja en la prensa infantil del Siglo XIX.

Es por ello que en el análisis de nuestro objeto de estudio, la prensa infantil mexicana del Siglo XIX, es importante tener siempre presente que la formación

del "ciudadano libre y liberado de toda dependencia de grupo o cuerpo ajeno al Estado (...) no puede basarse en los moldes de las lealtades fragmentarias tradicionales. Es necesario reconstruir la integración, 'nacionalizarla', transfiriendo las lealtades locales y corporativas hacia un ente nacional: el estado Mexicano. Esto requiere tanto de un nuevo sistema de valores como de un nuevo sistema de inculcación".² Esto se traduce en nuevos contenidos y valores educativos — a ser difundidos, en parte, por la prensa infantil de la época tendientes a formar el "fondo común de verdades", preconizado por G. Barreda, o la "religión de la Patria", en términos de Justo Sierra.

El debate de la época se trasluce en la prensa educativa; en México, durante la pasada centuria y buena parte del presente siglo, el papel era escaso; ello tuvo como consecuencia el alto costo de los libros, lo que unido a otros factores, impidió su circulación entre amplios sectores de la población.

Cabe señalar aquí que en el último tercio decimonónico, los periódicos que alcanzaban gran circulación — que eran los de información general —, llegaban a tirar hasta 20 mil ejemplares; en tanto que la prensa especializada, la dirigida a un sector determinado de la población, tenía un número mucho menor de ejemplares. Sin embargo, los dirigidos a los maestros, como es el caso de *La voz de la instrucción*, calculamos que imprimía aproximadamente 2 mil ejemplares, tiro a todas luces insuficiente para satisfacer las peticiones del profesorado, según se desprende de las solicitudes de entregas que de diferentes partes del país llegaban a la redacción de este periódico que dirigía el

2 Tenti, Emilio. *El arte del buen maestro*. México: Editorial Paz, 1988, 309 p. (p.65).

Taller de computación. III Jornadas Pedagógicas



eminente pedagogo Antonio P. Castilla.³

Sin embargo, las publicaciones periódicas con mayores tirajes y costos menores por sus especiales características, muchas veces cubrieron la función de libros por entregas, como son los casos de: *la Voz de la instrucción o libro primero del maestro y México intelectual, revista pedagógica y científico-literaria*, cuyos redactores propietarios eran Enrique C. Rébsamen, E. Fuentes y Betancourt y Hugo Topf.

Asimismo, permitieron que los educadores las utilizaran como materiales de apoyo, debido a su contenido de diversidad instructiva y a las lecturas recreativas que incluían para los niños.

En nuestro hurgar por los acervos de la Hemeroteca Nacional de México, hemos localizado más de cuarenta títulos de periódicos dedicados a los niños y a los maestros en el lapso comprendido entre 1870 y 1900, dato que corre paralelo al incremento de escuelas primarias en la Ciudad de México, que se incrementan

de 141 que había en 1867, a 464 hacia 1900. Cifras significativas en relación al desarrollo del Estado-educador que antes mencionamos.

Antes de esta fecha, sólo tenemos conocimiento de la publicación titulada *Diario de los Niños*, integrada en tres volúmenes que cubren los años 1839-1840. Este periodiquito de breves dimensiones —17 por 26 centímetros— se vendía semanalmente a dos reales en la capital y tres fuera de ella. Cada ejemplar constaba de tres pliegos con carátula impresa a color y láminas interiores a una tinta. Su contenido consistía en gran parte en traducción del semanario que con el mismo nombre se editaba en París por esos años. La versión mexicana, dirigida por Wenceslao Sánchez de la Barquera —uno de los primeros periodistas que se inquietó por la educación popular y nacionalista— e impresa por Miguel González y Vicente García Torres, proporcionaba escritos referidos especialmente a México ya que, apuntaban sus patrocinadores, "... La generación que nació bajo el reinado de Carlos IV... no tiene

³ "Sección Avisos". En *La voz de la instrucción*. 1871. p.34.

ni puede tener las mismas ideas que la que ha nacido bajo el gobierno de México independiente... México es un país nuevo, una tierra vieja, y cuanto se haga en favor de la generación venidera vale más que cuanto existe".⁴ Pero a pesar de los deseos de Sánchez de la Barquera y de García Torres, no tuvieron seguidores durante mucho tiempo.

Los periódicos o revistas dedicados a los menores, exaltaban los valores que le son tan caros al hombre y que se encuentran como música de fondo en la tarea de formar ciudadanos que posibiliten la unificación nacional de nuestro país: la lealtad, el respeto a los otros y el amor a la patria son constantes. Este tipo de publicaciones estuvo casi siempre en manos de educadores como José Rosas Moreno, Ildefonso Estrada Zenea, Aurelio R. Oviedo, Antonio de P. Castilla; y se contaron entre sus colaboradores a personalidades tan destacadas como Guillermo Prieto, Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano, Santiago Sierra, Lázaro Pavía y muchos más. De los que hemos mencionado, varios fueron autores de libros de texto, principalmente de historia, en los que manifestaron sus reflexiones acerca del derrotero que habría de seguir la educación, especialmente la elemental, para el engrandecimiento del país. Así, es el desarrollo del sistema de educación nacional en parte, el que impulsa el desarrollo del discurso pedagógico, de manera más intencional y fundamentada, situación que va incidiendo en la creación de un público lector cada vez más amplio. Se va sintiendo la necesidad de transitar del 'maestro por experiencia' al 'maestro profesional' con conocimientos teórico-prácticos.

Liberales como Prieto, Oviedo o Ro-

sas, se inclinaban por la veneración a los héroes como forma de imbuir en la juventud el nacionalismo, concepción de historia que aún en nuestros días es tan familiar. Prieto se preocupaba por dar a conocer a la población menor "los buenos principios liberales, para hacerla ante todo mexicana, patriota, liberal, republicana y definitivamente entusiasta del pueblo y de la Reforma".⁵

Puede considerarse como representante de la prensa liberal dedicada a los niños, puede considerarse *La Escuela de Primeras Letras* que se publicó mensualmente en Guanajuato durante los años 1870 y 1871, bajo la dirección del profesor Anatolio Galván. Su programa pedía: "Enseñanza libre e independiente de la iglesia y del estado; educación obligatoria para todo ciudadano; emancipación intelectual de la mujer; civilización de la raza indígena; establecimiento de escuelas, colegios industriales y bibliotecas para el pueblo; celebración de un concurso anual de obras clásicas de educación y propaganda liberal pacífica por medio de las sociedades de instrucción".⁶ Curiosamente se inclinaba por la "formación de ciudadanos dóciles que le sean útiles al Estado y a la Patria". Es interesante notar la manera en que en esta declaración de principios, están contenidos algunos de los principales supuestos de la moral laica moderna de matriz positivista, que pretendía desplazar a la moral religiosa tradicional.

Esto es, en la formación del ciudadano se establece como arquetipo para la sociedad rural y citadina, el derivado de sectores medios de la ciudad 'intruidos, civilizados, acicalados' frente a otros sectores 'incivilizados, bárbaros, sucios',

⁵ Vázquez, Josefina, *op. cit.*, p. 65

⁶ "Prospecto". En *La escuela de primeras letras*, pp. 1-2.

⁷ Tenti, Emilio. *op. cit.*, p.65

⁴ "Introducción". En *Diario de los Niños*. T.I., p.1; "Prólogo", *Ibid.*

etc. A la vez, estos ciudadanos, habrán de obedecer al Estado, obediencia que se expresa en la disciplina, entendida como el orden en el tiempo y el espacio. Así, el ciudadano expresa su pertenencia a las grandes abstracciones: el Estado y la Patria.

La escuela de *Primeras Letras*, daba especial importancia a la estadística y solicitaba a maestros y directores de las escuelas de la entidad que enviaran datos precisos para disponer de gráficas sobre colegiaturas, edad de los escolares, número de niños y niñas, etc.; la inquietud por el conocimiento del dato, por la cuantificación, se hace ostensible. Hay artículos como “La educación de los dos sexos en una misma escuela” o “Las mujeres consideradas como educadoras de linaje humano”, que denotan la preocupación por la educación femenina y, más aún, el interés por delegar en la mujer la educación básica e incidir así, en la reproducción del esquema de comportamiento masculino. Junto a estos artículos, aparecían cuentos cortos, poesías, adivinanzas y biografías de prohombres mexicanos. En él colaboraron Félix Cortés, Pedro Peralta y Ricardo Saunders.

Otra publicación de este tipo fue *El Niño Mexicano*, “semanario de instrucción recreativa para niños y niñas”, cuyo primer número salió a la venta el 15 de septiembre de 1895, dedicando sus páginas iniciales al movimiento de Independencia. Incluía secciones sobre gramática y aritmética, geografía e historia, ciencias físicas y naturales, en algunas de las cuales se incursionaba en el nuevo tipo de saberes privilegiados por el positivismo. La parte de entretenimientos se integraba con fuga de consonantes y vocales, charadas, poemas, anécdotas y cuentos. También organizaba concursos para que los niños escribieran pequeños artículos sobre temas de su interés; los triunfado-

res recibían — además de la satisfacción de ver publicado su escrito, con su fotografía al lado — un diploma y un libro. Entre los colaboradores de *El Niño Mexicano*, destacaron Juan de Dios Peza y Guillermo Prieto; éste último firmaba la “Galería de Niños Antipáticos”, que se trataba de un relajo jocoso para criticar las malas costumbres y, en cambio, proporcionar elementos de urbanidad, todo ello con el singular estilo de “Fidel”. Una vez más, nos encontramos frente a la preocupación moralizante de la educación de esta época, y que persiste en nuestros días, en la que interesa lo ‘urbano’, de sectores medios frente al rural, que detenta la posesión de una capital cultural aceptable

El periódico constaba de ocho páginas con ilustraciones y se vendía a doce centavos el ejemplar.

Con la preocupación porque la enseñanza llegara a toda la población infantil, se editó *El Obrero del Porvenir*, (1870), semanario que se distribuía en forma gratuita en la Ciudad de México y otras poblaciones del interior de la República. También en sus páginas tocaba temas de historia, geografía, matemáticas y literatura, y aunque no se oponía a la religión, sí estaba en contra del fanatismo y recomendaba como el mejor uso del tiempo, el dedicado al estudio o al trabajo. Informaba sobre la marcha de las escuelas gratuitas y daba a conocer los nombres de los escolares que se distinguían por su aplicación. Es interesante cómo esta publicación nos refleja dos preocupaciones prioritarias de la época: el carácter gratuito y laico de la escuela. La fuerte polémica en torno a la educación laica, deslindará ésta como espacio ‘neutral’, es decir, ni antirreligioso ni sectario, sino de abstinencia y respeto, esclareciéndose así, lo laico para el espacio público y lo

religioso para el espacio privado.

Junto a la prensa infantil republicana y liberal, se dió también la conservadora, la otra punta del debate. Lo religioso, marca su presencia, conflicto que persiste en nuestro tiempo. Como ejemplo de ella está *El Angel de la Guarda* (1870-1871), órgano de la Sociedad Católica destinada a la niñez para introducirla en la religión. Constaba de cuatro páginas en las que presentaba pasajes del antiguo y nuevo testamento, escritos en forma sencilla. Exaltaba las virtudes y festividades religiosas y publicaba semblanzas de eclesiásticos prominentes, incitando a los niños a imitarlos. Daba a la estampa himnos y plegarias, poesías, adivinanzas, máximas, fábulas y relatos cortos ilustrados con pequeñas viñetas. Firmaban las colaboraciones Jesús González Cos, José Ignacio Icaza, J. Meléndez Valdés, Francisco Martínez de la Rosa, Rafael Gómez, Manuel Domínguez y Joaquín Pardp y Múgica. Aparecían como redactores responsables, José de Jesús Cuevas y Tirso Rafael Córdoba. Algo que resultaba interesante para la época, y no es casual que se presente en la prensa conservadora, fue su sección de crónicas —firmada por “El Cronista”—, en la que describía saraos infantiles —que podríamos considerar como el antecedente de la actual nota de sociales—, paseos por lugares como Chapultepec, Santa Anita o Xochimilco, y festividades religiosas, todo ello en estrecha relación con los niños. Para los pequeños lectores que enviaban la respuesta correcta a las adivinanzas, se organizaban rifas en las que los premios eran de lo más variado; hubo ocasión en que la recompensa fue un “hermoso borrego”.

La prensa infantil del Siglo XIX compartió con la prensa de la época, la vida corta de sus títulos en la mayoría de los

casos. Sin embargo, su presencia fue relevante pues su contenido la hacía un auxiliar eficaz para los padres de familia, para los niños y para los maestros. En relación a éstos últimos, cabe señalar que la prensa infantil, tanto por la naturaleza de los temas que trataba como por su estructura, apoyó las tareas propias de la educación formal; situación explicable por el amplio desarrollo del sistema de escuelas elementales públicas que se da hacia el último tercio del siglo XIX y que posibilita la institución de la Dirección General de Instrucción Pública. Gran parte de la prensa que ofrece publicaciones diversas a los niños, también se dirige a los maestros con objeto de que mejoren su formación teórica; así, se introducen a una población más amplia, escritos de Herbart, de Spencer, etc. Se dan orientaciones más específicas respecto al desarrollo de las clases, de las actividades diversas. No hay que olvidar que la Pedagogía Moderna, es decir, la que se erige en respuesta frente a la tradicional, como discurso y como práctica, nace bajo el signo del positivismo, preocupada por dar fundamentos ‘científicos’ a la acción educativa y centrada en lo ‘prescriptivo’.

Muchas de estas publicaciones, también nos permiten acercarnos a la imagen social del maestro de banquillo y a sus condiciones de vida; ya desde entonces frente a la precariedad del maestro, se esgrime la ‘vocación’ y el carácter de apostolado y de renuncia que ha de poseer. Como trasfondo permanente en el ‘oficio de maestro’ se encuentra el escaso reconocimiento social y la exigencia que se le hace de cualidades morales sobrehumanas, junto a las cualidades de salud física, presentación intachable y buenos modales.

Nuevamente es Antonio P. Castilla quien nos ilustra sobre la profesión de

maestro en el siglo pasado:

Hay quienes dicen que la profesión de maestro es como un sacerdocio, casi divino. Pero en realidad, todos le pagan muy mal y nadie le corresponde, ni recuerda los servicios que presta y el influjo que el maestro puede ejercer... en el individuo... El padre de familia, cuando le paga,... lo mira como un pordiosero a quien se le da un mendrugo de pan para que no perezca de hambre; las autoridades lo consideran como la última autoridad del servicio público.⁸

... y cualquier empleado gana más que un profesor, pues en tanto que un escribiente de oficina o un empleado de rentas, o un "militar rústico y adocenado" ganan entre 80 y 150 pesos al mes, el salario del maestro va de 5 q 6 pesos mensuales más una medida de maíz en las haciendas, hasta 30 pesos mensuales cuando se emplean en la ciudades de mayor importancia.⁹

E insiste el pedagogo en que el profesor, para ser respetado, debe ser un hombre preparado, que la carrera de maestro tiene sus preceptos especiales, que "enseñar es un arte, es una ciencia, y quien la ignora, no puede ser considerado maestro. La pedagogía, afirma, los sistemas generales y los métodos especiales facilitan lo concerniente a la enseñanza".¹⁰

En esta época, la dignificación del maestro, habrá de depositarse en la exigencia del título profesional, que demanda la respectiva cuota de trayectoria de estudios normalistas.

Finalmente, para ejemplificar la relación que existió entre la prensa infantil durante el siglo XIX y el 'oficio de maestro', vale la pena reproducir lo que el profesor Ildefonso Estrada Zenea señalaba acerca de *Periquito*: "Es un periódico para niños, cuya lectura puede ser útil a muchos que han dejado de serlo", y agregaba que en sus páginas volcaría los conocimientos de las materias que como profesor impartía, lo que hacía de *Periquito* un útil "archivo para refrescar la memoria".

Por último, mencionaremos algunos títulos de los periódicos que, por lo relevante de su contenido, destacaron en la época referida:

El Niño (1870), de Matehuala, SLP; *El instructor de los niños* (1870), de Coatepec, Ver; *El Instructor* (1883-1894; 1896-1901), de Aguascalientes, Ags.; *El abuelo* (1891), de San Luis Potosí, SLP. De la Ciudad de México vale mencionar a los siguientes: *La Enseñanza* (1870-1876); *La Educación* (1871-1872); *El correo de los niños* (1872-1893); *La Edad feliz* (1873);⁴ *Biblioteca de los niños* (1874-1876); *El educador práctico ilustrado* (1888-1890).

Los títulos mismos de los periódicos denotan el desplazamiento paulatino del término 'instrucción', referido fundamentalmente al intelecto, por el de educación, que expresa la preocupación por una formación más integral, preocupaciones que siguen siendo objeto de debate en las políticas educativas contemporáneas.

8 "Sección de Avisos". La profesión de maestro". En *La voz de la instrucción*. 1871 p. 58.

9 "Sección de anuncios. Consideraciones a vista de pájaro". En *La voz de la Instrucción*. 1871. pp. 31-32, 61.

10 "Sección anuncios. La profesión de maestro". En *La voz de la instrucción*. 1871, p.58.